

mientras el compañero atacaba a este último, cuando se aproximaba a su nido. Volví quince días después y encontré al *Legatus* instalado definitivamente en el nido del boyero y empollando. En los alrededores ya no andaban los propietarios verdaderos del nido. Encontré tres huevos que descansaban sobre una densa capa de corteza de árboles de guayacán. El color de éstos es café obscuro con varias líneas más oscuras, casi negras, en zig-zag, y miden $22 \text{ a } 23 \times 16 \text{ a } 17 \text{ mm}$.

Parece extraño que el *Legatus*, siendo mucho más chico que el boyero, pueda atacarlo; pero según he notado, lo ahuyenta más con sus gritos estridentes que con la fuerza de su pico, y mientras tanto el compañero aprovecha para introducir cortezas en el nido, hasta que por último el boyero al encontrar tanta basura acaba por abandonarlo en provecho de sus perseguidores.

Habiendo comunicado estos datos al doctor Dabbene, este señor y amigo, me informó que el doctor Chapman también observó recientemente este caso de semiparasitismo en la isla de Barro Colorado (Panamá), y que lo más curioso es que el mismo *Legatus leucophaius* (especie que habita desde Méjico a la Argentina) ataca en Panamá en la misma forma que menciono a un icterido también, pero este último no es la misma especie, sino otra de allá.

Río Colorado (Tucumán) Marzo 20-1932.

PABLO GIRARD.

NOTAS ORNITOLOGICAS DEL MES DE DICIEMBRE DE 1931

Escribe Hudson, en su libro «Allá lejos», que entre los pájaros que más amaba, y ante los cuales se quedaba extasiado mirándolos y oyendo sus trinos en esas lagunas de poca agua, llenas del duraznillo, *Solanum glaucus*, donde hacían sus nidos en colonias, eran los *Agelaius ruficapillus*; y al describir a esas aves dice: «que esos lugares de laguna a la fecha ya habrán desaparecido, y convertido el lugar en sembrados de trigo, lino, alfalfa, etc., y que los actuales pobladores no sabrán nada de sus hermosos moradores de antaño, ni jamás habrán visto ni oído nombrar al tordo de plumaje morado con su copete castaño y su suave canto trinado». Sin embargo, esa visión de Hudson todavía hoy es realidad, y esas hermosas aves frecuentan siempre en la primavera los lugares que como aquellos descritos por Hudson acostumbran visitar para hacer sus nidos en colonias.

Esta primavera, en Zelaya (F. C. C. A.), en el campo que ahí tiene mi suegro, lindando con el Río Luján, y al costado del terraplén del F. C. que cruza el campo, hay un lugar, de una extensión de cuatro cuadras donde generalmente el suelo está cubierto de aguas de hasta 30 ó 40 centí-

metros de altura, y donde crecen juncos, paja espadaña, duraznillo blanco, algunos sauces y otros arbustos, y donde todo el terraplén del lado sud de la vía del F. C. está plantado de cañas tacuaras, para evitar que los desbordes del río perjudiquen sus cimientos. En ese lugar encontré a mediados de Diciembre, infinidad de nidos, hechos con los materiales descritos por Hudson, pero no solamente sobre los duraznillos, como él los vió, sino



FIG. 1. — Bañado con paja espadaña en el que se encontró una colonia de nidos del tordo *Agelaius ruficapillus*.

también en las cañas, sauces, juncos, pajas y otros arbustos; los que había en las pajas totoras a metro y medio de altura; en las cañas a 2 y más metros; en las puntas colgantes de las ramas de los sauces, hasta 4 metros, y en los duraznillos a 50 centímetros. Todos esos nidos contenían 3 y 4 huevos frescos, de color celeste, y muy variados en sus signos, líneas y puntos negros y algunos violáceos, formando algunos corona en el polo obtuso; los había de forma redondeada y más chicos, pero los más alargados y de polo agudo. Después de varios días pude observar que a todos los nidos a los cuales les quité los huevos, los abandonaron y volvieron a construir nuevos en otro lugar un poco más adelante. En el mismo campo, como a ocho cuadras de ese lugar, encontré otra colonia, en una lagunita que se formó debido a las frecuentes lluvias de esta primavera, cubierta de vegetación pastosa, junquillo y bastante duraznillo, en cuya planta estaban los nidos casi a flor de los pastos; pocos con huevos, muchos sin nada y éstos inclinados hacia un costado como si un animal que sería lo más probable algún lagarto, los hubiera puesto así para comerle los huevos o pichones, pues en ese lugar abundan y son tan prolíficos que de un nido hecho bajo un « cardo de castilla » sacamos 54 huevos a punto de nacer, los

cuales doné al Museo Nacional y a los pocos días todos nacieron. Así que esas pobres avecitas se ven expuestas a muchos peligros además de los gavilanes y chimangos que hay tantos por ahí, y que como en esa época también crían sus pichones tratan de llevarles alimento tierno a ellos y recurren a



FIG. 2. — Nido de carao, entre los juncos de un bañado (Zelaya).

los de éstas y otras avecitas indefensas. En esa misma laguna y entre los pastos encontré varios nidos de « Carau », que tenían hasta 7 huevos; y un nido de la pequeña gallineta: *Pardirallus maculatus*, nido de pajitas, chato y casi a flor de agua. Tenía 5 huevos de forma alargada, color blanco-crema con puntitos marrones claros en el polo grande, formando corona. Ese mismo día en la costa del río entre unos « cardos de castilla », encontré nidos del pecho amarillo *Pseudoleistes virescens* con 3 huevos; y

pichones ya algo voladores del *Agelaius flavus*, especie muy escasa en la zona.

Del hermoso tiránido, *Fluvicola albiventer*, o Pampita, que mucho se asemeja a la golondrina de rabadilla blanca, y que son aves más bien del norte, cacé un machito que andaba solo entre los juncos y duraznillos cerca del río persiguiendo insectos, y corriendo a otros pájaros que se le acercaban; después que lo cacé veo que a pocos pasos de ahí había un nido extraño para mí, y al cual él estaría vigilando; el nido estaba sobre una horqueta de 3 ramas de duraznillo, de forma globular alargado, pero muy transparente, aún le faltaban materiales; lo dejé tal cual estaba y al domingo siguiente o sea a los 7 días fuí a verlo, y cuál no sería mi alegría al encontrarme con el nido terminado y con 3 huevitos blancos con manchitas y puntos pardos en el polo obtuso. El nido de forma muy parecido al del « Siete cuchillas », con su boca de entrada en el costado de la parte superior, con su marquesina bastante saliente para evitar la lluvia, pero todo él construido con elementos vegetales algodonosos, muy tenues: alcahofas, flechillas y finas pajitas sujetas entre ellas, todos materiales muy delicados; así que la pobre viudita en 7 días terminó ella sola el nido que quedó bastante compacto el tejido, y puso sus tres huevitos. De esta especie hace varios años cacé una hembra en el mes de Abril en el jardín de la quinta; ésa y éstos fueron los únicos vistos en la zona.

Otra de las aves hermosas que visitan todos los veranos la orilla del Río Luján, y que anidan entre los camalotes son: los gallinetas jacanas; próximas a los chorlos por sus costumbres y lugares que frecuentan; muy esbeltas, caminando con sus largos dedos por sobre los camalotes, o hasta sobre la lama o tela vegetal que se forma y cubre los lugares de aguas estancadas o quietas. Cinco casales habían anidado este año; saqué huevos a dos de ellos, éstos estaban colocados sobre las hojas del camalote « lagunilla », hojas que se encuentran húmedas, tocando esa humedad a los huevos y expuestos a caer al fondo del agua con cualquier movimiento, ya sea por crecidas o correntadas del río, o al pasar algún animal cerca de ellos y mover los camalotes donde están sostenidos. Siempre ponen 4 huevos que son de los más bonitos: de fondo color crema-amarillento, con líneas negras finas y gruesas entrecruzadas por toda la superficie del huevo. Hudson en su libro « Allá lejos », dice « que el color de ellos es arcilloso y con manchas castañas », pero es fácil que con el tiempo se hubieran borrado de su imaginación el color. Burmeister también los describe mal, no así Euler, en el catálogo de aves, nidos y huevos del Brasil, de von Ihering que los describe tal cual yo los encontré varias veces. Otros dos huevos encontré al costado de un junco sobre esa misma planta de « lagunilla », estando éstos sobre las hojas en un plano casi inclinado y que para que no se corrieran hacia el agua el ave les había atravesado un palito seco de junco que les servía de sostén. Mientras la hembra incubaba el macho como un vigilante

observa cerca de ella cualquier peligro que les aceche, con la cabeza levantada y el pescuezo estirado como un verdadero gallito; si uno se les acerca vuelan un corto trecho y hacen como los teros reales cuando tienen nidos, gritan, dan saltitos haciendo mil piruetas y se agachan como para llamar hacia ellos la atención; y cuando ven que se aleja el peligro vuelve en seguida la hembra al sitio de los huevos agachadita y callada, y el macho sigue vigilando.

JOSÉ A. PEREYRA.

LAS AVUTARDAS

Las avutardas (*Chloëphaga*), por un reciente decreto del Gobierno Nacional, han sido declaradas plaga. Lo que quiere decir que se le retiran las inmunidades de que gozan las especies consideradas útiles, o por cualquier concepto merecedoras de protección. Aunque prácticamente esta sanción poco influirá por ahora en la destrucción de estas anátidas hermosas y provechosas cuando están gordas, moralmente las pone en el index y deja su protección a sus propios medios, que por cierto dado los hábitos de estas aves, hacen que su destrucción sea difícil. Tienen costumbres migratorias y aparecen en la provincia de Buenos Aires al llegar el invierno en cantidades inmensas, y durante el tiempo que permanecen en ella son una plaga en los campos de la zona que eligen para invernar. Como son fitófagas, lo mismo que los gansos o más que ellos quizás, desbastan los pocos albardones de pasto tierno que hay en esa época y lo que es peor, con sus excrementos ensucian el pasto que queda inapetecible para el ganado, causa por la cual los hacendados les tienen una fobia terrible.

Es muy interesante ver la migración de esta inmensa cantidad de aves, especialmente durante su marcha al norte, que lo hacen casi en masa, o en un período de muy pocos días. Recuerdo el espectáculo que dieron el día 24 de junio de 1911, vez que por causas que ignoro, cruzó durante ese día y los siguientes la línea del F. C. S., entre las estaciones Rosas y Newton, una enorme cantidad de dichas aves. Vuelan en bandadas formando filas de extensión enorme de miles de ejemplares a veces, como hacen los cuervos de laguna, *Plegadis guarauna*. Estas grandes bandadas vuelan fraccionadas en secciones que marchan paralelas, seguidas de otras que se continúan sucesivamente.

Un hermano mío que hizo la conscripción en la armada, en la artillería de costa, en Bahía Blanca, observó el paso de estas aves en los años 1921 y 1922. Como lo dice en su nota sobre el vuelo de las aves, nuestro distinguido consocio, el almirante don Abel Renard, las avutardas cruzan la bahía procedentes de Río Negro y se internan en la provincia de Buenos Aires.